

PRÓLOGO

Nunca he creído demasiado en la teoría literaria de los modernos. Es un defecto grave y lo sé, pero siempre me he movido en la praxis. Quiero decir que siempre he procurado ir a los textos y no a las grandes categorías críticas que todo lo explican sin matizar con los detalles. La Literatura, con mayúscula, es una institución plurisecular. De toda la vida, desde Adán y Eva —Adrián y Esteban, como decía Lope de Rueda con toско pero estupendo ingenio—. Mientras no se demuestre lo contrario —que lo dudo—, la tradición occidental se remonta a Homero y la Biblia y a sus imitadores y exegetas. Que las fuentes orientales hayan sido numerosas nadie lo niega, pero se trata de determinados géneros, como los cuentos o fábulas hasta el siglo XIX, y en el anterior, en que el orientalismo se puso de moda en las artes y letras. Averroes, como excelso commentator de Aristóteles, era bastante occidental, por fortuna para el futuro intelectual de la Europa medieval y renacentista. Todo texto, si no es un plagio completo, presenta diferencias mínimas o máximas con sus modelos. Esto es la Literatura: una inmensa colección de textos que no parten de la nada sino de unos modelos —y entiendo modelos como lecturas u oídas de quienes escriben o practican la tradición oral—. Pero siempre existe la tradición, los modelos dignos de imitación y superación. No es fácil llegar a este último grado —superarlos—, porque el proceso de cambio literario es muy complejo y obedece a múltiples circunstancias —económicas, políticas y culturales en general—. Creo que las primeras son las más importantes y que generan las demás en la mayoría de los casos. Digamos que soy —como Noël Salomon— un marxista suave en este aspecto sin duda fundamental para explicar los grandes cambios que se han venido a llamar Edad Media, Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo y demás. No lo soy tanto en lo que respecta a la creación literaria, que se mueve en lo particular y está sujeta a unos modelos con los

que el escritor quiere e intenta competir o pretende superar, como se ha dicho. Tradición y originalidad.

Yo juré desde niño, como el Brocense, que no juraría in verbis magistri. Tuve excelentes maestros, como Eugenio Frutos, Martín de Riquer y, sobre todo, mi padre, que me dio clase desde primero de bachillerato hasta quinto de carrera. Mucho padre es eso. Sobreviví, y creo que bien. Con él aprendí a amar la literatura. Mi formación es floja, por no decir mala. Mi latín serpit humo; mi griego es bastante deficiente. Mi conocimiento de la filosofía, teología e historia del pensamiento es más bien vagaroso. Conozco mejor la gramática histórica, la retórica y, desde luego, la crítica textual, de la que creo que soy un buen experto. Sí quiero decir que he leído bastante bien los textos españoles conocidos y, sobre todo, desconocidos, de bastantes épocas. Mejor o peor leídos, pero yo recomendaría desde este prólogo que los futuros filólogos o críticos no se limitaran a los estrechos límites de sus tesis. No se puede pasar la vida intelectual —como ocurre con frecuencia— escribiendo varios artículos sobre el tema de su tesis, publicarla, y seguir escribiendo artículos sobre la misma.

Sin embargo, los maestros están también fuera de clase, como Paco Rico —que era un curso menor que yo, aunque mucho más sabio (estaba en su primera veintena)—, Eugenio Asensio o Montesinos o Claudio Guillén; o están en los amigos, colegas de aquí y de acullá, y los discípulos, pero, en especial, en los libros. Nuestros maestros son, en realidad, los libros o artículos pretéritos y presentes de maestros, amigos e ignotos filólogos —los futuros todavía los desconozco, salvo algunos que están en ciernes—.

Desde Aristóteles hasta los recientes, pasando por Menéndez Pelayo —tan injustamente menospreciado—, don Ramón Menéndez Pidal y sus ejemplares discípulos —Lapesa, Navarro Tomás, Américo Castro, Montesinos, los dos Alonsos, Federico Onís—, y Spitzer, Bataillon, Le Gentil, Salomon, Eugenio Asensio, Rodríguez-Moñino o María Rosa Lida de Malkiel, y numerosos más, nuestro saber se remonta a ellos y a sus seguidores. Conviene, sin embargo, que los jóvenes filólogos acudan a estos maestros antes que a sus secuaces, entre los que yo me incluyo. Y lo mismo digo para los grandes críticos extranjeros. Los buenos son buenos. Sus seguidores, en general, mediocres. Ésa es también la Literatura.

Y dicho esto por mí, que soy secuaz de los citados, en particular de Eugenio Asensio y Montesinos, con quienes me encuentro más a gusto en mi

trayectoria filológica y vital, a petición de mis carísimos discípulos y colectores, Gonzalo Pontón Gijón y Xavier Tubau, expondré de la manera más sucinta que pueda la génesis de los artículos que aquí, con tanto cariño por su parte, se publican. Y querría matizar entre génesis y parto. Muchos años y múltiples saberes —a veces sin aparente relación entre ellos— lleva la génesis de un estudio filológico-literario hasta que ve la luz. Y algunos, demasiados, nunca la verán.

«El concepto de “Siglo de Oro”» se escribió, como se indica, para la memoria de oposiciones a la cátedra de Literatura del Siglo de Oro que tuve que presentar en 1978. Descubrí con sorpresa que estaba sin estudiar el concepto Renacimiento en la historia literaria española, a pesar de los innumerables sobre el Barroco e incluso el Manierismo. Sin la unión de ambas o las tres periodizaciones, si añadimos esta última, tardía, no era posible explicar el caos terminológico de Siglo de Oro, Siglos de Oro y Edad de Oro. Y, desde luego, no se podían entender sin la ideología de unos y otros, digamos dos bandos, que llegan hasta la guerra y la posguerra civiles. Podía haber escrito un libro extenso, pero creo que estas páginas, que pueden y deben matizarse, desarrollan bastante bien los avatares del término. Para algo útil tienen que servir las memorias de oposiciones. Se engendró en los aledaños de 1978 y se publicó en el 2004. Horacio, desde luego, se precipitaba.

Las ocho y media de la mañana no son horas muy gratas para dar clase, ni para los que escuchan, queridísimos y somnolientos alumnos, ni para los que hablan, no menos queridos y somnolientos profesores. En una de esas clases «bocezantes» entré con la antología del teatro medieval de Surtz en Taurus. Había leído unos pocos años antes el magnífico estudio de Carmen Torroja y María Rivas sobre el Auto de la Pasión de Alonso del Campo, con extraordinarios documentos sobre el Corpus en Toledo. No me acordaba de nada o muy poco. Comencé a leer en voz alta el texto y advertí, de pronto, que los primeros versos, pareados anisosilábicos, no podían ser de Alfonso del Campo, o Agri en su latinización, porque pertenecían a una poética ya perdida en el siglo XIV. Esto lo sabía porque había publicado en Planeta el Libro de buen amor, que se cerraba con unos pareados puestos en boca de ciegos recitantes. Los únicos pareados del siglo XIV. De esta somnolienta y luego despierta clase nació este artículo que ha sido refrendado por Pedro Cátedra en un libro ejemplar. Y que, discípulo queridísimo, ha tenido la generosidad admirable de dedicarme. En otras palabras: si yo no hubiera

trabajado en el Libro de buen amor, jamás, como ha ocurrido con los expertos medievalistas en el teatro, habría llegado a esas conclusiones.

Los pareados —o mejor, la métrica— vertebran asimismo el artículo «De la Razón de amor a un Sueño anónimo del siglo XVI». Recordaba que en mi tesis de licenciatura sobre el manuscrito 372 de la Biblioteca Nacional de París, cancionero poético de hacia 1580 —inédito—, se copiaba un Sueño también inédito en pareados, género menor rarísimo. En realidad, no eran pareados porque practicaban el llamado ritmo correntío, en la tradición del perqué, pero lo cierto es que engarzaban en última instancia con los temas y estructura de la Razón de amor. En este trabajo desarrollo todo ese complejo material métrico-temático que recorre tres siglos interfiriéndose.

En 1973 llevé a cabo la tesis doctoral sobre la poesía de Gregorio Silvestre, que permanece inédita por desidia de su autor. He publicado un par de artículos sobre ella. Éste del amor es una parte de la introducción que, a petición de José Romera Castillo, abrevié para el libro *La literatura como signo*. Allí intento defender que palabras, motivos y temas en apariencia medievales al mediar el siglo siguiente adquieren unos valores nuevos, en especial en materia religiosa. Es el caso también del Lazarillo, a pesar de Bataillon, que cree en un anticlericalismo medieval. Me parece que no.

Había dado yo un curso en Málaga en OFINES, que dirigía Manuel Alvar, en el verano de 1974. Se trataba de un curso sobre la poesía del Siglo de Oro. Llevé a cabo un catálogo muy completo de todos los impresos entre 1500 y 1630 para explicar el proceso de la poesía de la época. En buena parte está incluido en el artículo «El entorno poético de fray Luis», en el que pretendo presentar la novedad de fray Luis por omisión voluntaria de lo que se llevaba en su tiempo. Para conocer la originalidad hay que repasar exhaustivamente la tradición. Me dio notable trabajo, pero espléndidos frutos.

«...que voy de vuelo.» Y es verdad la prefiguración de San Juan. Estaba yo en el aeropuerto de Madrid, esperando el puente aéreo, de puntualidad exquisita, como es sabido. En mi caso, los aeropuertos me producen una extraña sensación de incapacidad lectora e intelectual. Sin embargo, en esta ocasión recordé que en la cartera llevaba una separata que me había dado en mano el joven filólogo sevillano Valentín Núñez en la que describía un manuscrito carmelitano de hacia 1600 que andaba perdido por los anaqueles de la Colombina. Recogía casi toda poesía de San Juan con las atribuciones. Entre

ellas estas octavas («Echándome tus rayos noche y día») que Valentín Núñez publicó en apéndice. Por su poética y sus temas no pueden ser de un imitador del poeta. Es raro que sean de un contemporáneo. Lo más probable es que pertenezcan a poemas primitivos. Para algo sirven los retrasos del puente aéreo.

Los artículos sobre «La literatura apotegmática en España» y «Cervantes y la retórica» también proceden de juveniles compras de libros, en este caso de colecciones renacentistas de dicta et facta y de apotegmas en general. Y, sobre todo, de los manuales de progymnasmata, comenzando por los de Afonio o los de Mal Lara, y las muy importantes de los jesuitas, como Suárez, Colonia o Pomey. Estos extraños manuales, fundamentales para la enseñanza literaria y poco conocidos, me llevaron al estudio de la retórica, comenzando por la de Aristóteles, que publiqué con la Poética en 1985, con prólogo y notas en catalán y con la traducción de Joan Leita. La tradición apotegmática, bastante mal estudiada entonces, me interesó, como la de los adagia, y leí las colecciones más conocidas, en latín, en general, pero también las españolas. De ahí sale mi edición de *Las seiscientas apotegmas de Juan Rufo*, que apareció en 1972 y que ahora reedita con su habitual generosidad José Lara Garrido en Málaga.

A principios de los setenta preparé un buen curso sobre teatro del siglo XVI. Leí bien o muy bien a Lope de Rueda, e incluso realicé una edición crítica de los excelentes coloquios pastoriles de Timbria y Camila, que sólo había publicado Cotarelo. Fue acto gratuito porque no había hablado con ninguna editorial. Naturalmente, siguen inéditos. Ya verán la luz algún día. Eso me llevó a estudiar la fama póstuma del gran dramaturgo que Rufo, Rojas Villandrando, Cervantes, Lope y otros utilizaron pro domo sua. Añado aquí, para corroborar las falsas atribuciones, que un pliego suelto de la Farsa del sordo, impreso hacia 1547 como anónimo, se guarda en el British Museum.

«Pero Cervantes es buen amigo...». Siempre he querido a Cervantes. Como historiador de la literatura me he sentido muy afín a él: «Origen y progresos». Él fue el primer gran historiador de la literatura española. Se sabía, pero se preocupaba la crítica más por la biografía o por la teoría literaria que por este aspecto («el tercer hombre»). Cervantes es un historiador no gratuito, porque toda su historiografía va encaminada a incluirse él entre los inventores de los géneros. Es artículo de lenta y larga gestación. Creo que está bien.

El «Virgilio, Góngora y la nueva poesía» es artículo de encargo. Se justifica porque había escrito otro para el bimilenario de Virgilio («Virgilio en España en los siglos XVI y XVII»), que aquí también se incluye. El origen de éste, aunque también de encargo, tiene otras raíces, en este caso de bibliófilo o, mejor, bibliómano. Yo había comprado, muy joven —a los diecinueve o veinte años—, los tres volúmenes de las Opera en la edición del padre Luis de la Cerda —por 200 pesetas—, con estupendas notas para explicar la erudición de la época (principios del siglo XVII). Por esos años también había adquirido las póstumas ecfraisis de Nebrija (1545) y las didácticas de Diego López (1600). Rico me había regalado, con generosidad inigualable, la segunda edición de la traducción de Hernández de Velasco (1555). Con este material y lo que yo sabía de la génesis e influjo virgiliano en el Siglo de Oro construí ese artículo, al que ahora añadiría las sabias apostillas de Margherita Morreale y los comentarios ético-políticos del jesuita Sebastián Matienzo, publicados póstumos en 1662 y que desconocía entonces. Y quisiera concluir en otro lugar con un «Horacio en España en el Siglo de Oro», complemento del magnífico libro del jovencísimo don Marcelino. Fue conferencia dada en Salamanca en el bimilenario del Venusino y que sigue sin pulir.

He dicho antes que las oposiciones eran en cierto punto útiles. En efecto, tuve que prepararme el tema de la emblemática, de la que apenas sabía nada, aunque había frecuentado a Alciato. Era Saavedra Fajardo el centro de la lección. Y lo leí en la edición de las Obras completas de González Palencia. Mi conocimiento del diplomático murciano era bastante parco, pues no lo enseñaban en las clases de literatura por pertenecer al ámbito de la historia del pensamiento. Tampoco los de Políticas explicaban los aspectos literarios. Por mi atracción por las variantes —exquisito vicio— leí la primera redacción en la edición de González Palencia y en la de García de Diego, ésta en Clásicos Castellanos. Ambas aparecían a pie de página y en letra menuda, espanto de los lectores. La primera y la segunda redacción me parecieron de dos autores distintos. Ésta fue mi lección magistral en oposiciones, que se amplió y matizó luego en el artículo que aquí se publica. Y añadiré que ahora no creo que Saavedra fuera el autor de ninguna de las dos. La caligrafía no corresponde a los últimos testimonios conservados.

Nada mejor que tener amigos librereros y generosos. Pelegrí Haro, de la librería Dels Tres, me regaló la primera edición de Garcilaso, bastante o mucho o muchísimo mareada, con apostillas marginales de un poseedor del

siglo XVIII y otro del XIX. En general, los bibliófilos desprecian este tipo de ediciones marginadas y subrayadas. Como yo no soy bibliófilo, aproveché estas estupendas apostillas de uno y otro para escribir este artículo («Un lector neoclásico de Boscán»), dado que explican muy bien las distintas sensibilidades.

Mi conocimiento de la literatura del siglo XX es de lector. Nunca me he dedicado a ser un especialista en ella. Entre otras causas, porque resulta más difícil manejar su bibliografía que la de todos los siglos anteriores. Y no es una paradoja. La de la Edad Media y los siglos siguientes hasta el XIX está bibliográficamente controlada. Estos dos últimos siglos no.

Siempre he querido a don Jorge Guillén como persona, como poeta y como crítico. Me sorprendió gratísimamente su tesis doctoral sobre el Polifemo gongorino, leída en 1924, que todos, incluidos sus hijos, desconocíamos. Fue un honor para mí poder presentarla en la Feria del Libro de 2002, a petición de Antonio Piedra y, sobre todo, de Claudio Guillén. Magnífica y original tesis que me descubrió un Guillén con matices nuevos.

Uno de los mejores coleccionistas de Alberti, Pepe Saldaña, compró hace años varios autógrafos entre los que se encontraban tres sonetos de la serie publicada en Marinero en tierra dedicada a García Lorca. La serie, por fuerza, constaba de cuatro sonetos dedicados a las «Cuatro estaciones». Los tres sonetos autógrafos que pudo adquirir son, sin duda, versiones anteriores a la imprenta. Uno de ellos no sólo es anterior sino que es inédito y necesario para completar la serie. Comienza «Clava tu espada en mí, tú, pez-espada» y desapareció de Marinero en tierra. Pepe Saldaña se lo cedió a Marrast para que lo publicara y de allí pasó a las Obras completas. Nadie lo ha comentado, creo que por su extraño contenido en apariencia. Aquí he procurado reinterpretar las «Cuatro estaciones» en su contexto y en su construcción. Y creo, además, que Marinero en tierra es una transposición terrenal y masculina de La sirenita de Andersen. No sé si se ha dicho esta sutileza crítica, que debo a mis lecturas infantiles.

A petición de Luis Alberto de Cuenca, querido amigo y admirado poeta y clasicista, escribí un resumen apretado de mi Manual de crítica textual, para un número monográfico sobre el tema en la revista Arbor («Generalidades sobre crítica textual»). Faltan, quizá, ejemplos, y alguno, como el de Épila famosa, no lo incluiría ahora —por hazella famosa está documentada en la Segunda Parte del Quijote, pero como la frase ha suscitado algún artículo reciente de Rico, aquí la dejo tal como salió para que no se

pierdan las referencias—. Sobre Sancho de Azpetia ha escrito un artículo admirable Alberto Montaner. Creo que este artículo de Arbor es, en fin, una síntesis útil sobre el método de la crítica textual, que ahora se pone en tela de juicio. Es, sin embargo, un método que se basa en la lógica. Como yo no creo en la argumentación «era de noche y, sin embargo, llovía», prefiero seguir éste que, al menos, no repugna a la razón.

Parece un acto de soberbia intelectual reunir una colección de artículos, que se supone son fundamentales para el saber. Éstos no lo son. He cedido porque Gonzalo Pontón —y Rosa Mari, mi mujer— me pidieron que reuniera estos artículos perdidos en revistas y homenajes para que no murieran in sepulchris oblivionis. Por experiencia sé que ningún artículo desaparece si a alguien le interesa. Moñino me recomendaba no publicar en la Real Academia de Buenas Letras porque no traspasarían la Vía Layetana. Pero se han conocido y citado, aunque «tarde, mal o en vano», es cierto. No importa. La fama en vida está bien y es deseable para uno y para los amigos. En muerte ya sólo sirve para los amigos y la posteridad. «¡Ahí me las den todas!», comentaba Enríquez Gómez cuando lo iban a quemar en efigie. Conozco muy bien mis límites y sé que este libro no va a cambiar un ápice la historia de la crítica. Sí, en cambio, va a contribuir —sospecho que muy poco— a matizar algunos aspectos, mínimos, de la historia literaria, en la que yo creo. «Primores de lo vulgar», como diría el maestro alicantino. Hay que conocer al detalle en lo posible la tradición literaria en diacronía y en sincronía (permítaseme un acercamiento a los estructuralistas, en realidad aristotélicos, entre los que yo me incluyo). Los historiadores literarios tenemos la obligación de explicar los textos en sus contextos y no andarnos por las ramas de las silvas teóricas, que dejan ver el bosque pero no los árboles y, menos, sus frutos. Y los frutos, además, no son todos iguales. Algunos son, como la Flérida garcilasiana, más dulces y sabrosos, o la gongorina manzana «hipócrita que engaña, / a lo pálido no: a lo arrebolado». Maravillosa manzana personificada en lo malo y en lo bueno: mitad ser humano, mitad fruto. Harpía sutil del reino animal-vegetal. Esto es la poesía.

Y no quisiera dar una imagen de enemigísimo de los teóricos modernos —del siglo pasado y de todos los otros, que eran, por cierto, bastante menos pedantes y crípticos, que los que tuvimos que leer y soportar, y comprar, en los años setenta—, porque sin la teoría no se puede entender el proceso literario. La crítica literaria —desde Aristóteles y después, con sus Aris-

tarcos y demás ralea filológica— ha generado más originalidad que la tradición literaria de unos modelos dignos de imitación. Y me limito a citar al aristotélico Cervantes en su abrumador cuarto centenario «de felice recordación».

Quiero dar las gracias de nuevo a Gonzalo Pontón y a Xavi Tubau que con tanto cariño y gusto seleccionaron y prepararon —este último, sobre todo— esta colección de artículos, casi todos de los años setenta, cuando escribían Julia Kristeva y otros, y artículos que estaban, como se decía y se dice, «obsoletos». Creo que, al menos, no son absolutamente aburridos e ininteligibles. Están contruidos como cuentos: con principio —exordio retórico—, narración, argumentación y peroración (de lo particular a lo general). Ésta es, sin duda, mi más alta contribución teórica (no digo que práctica) al género, en su mayor parte, soporífero, del artículo filológico.

Barcelona, marzo de 2006